

No hace mucho, este colorín con pantalones de cuero y con su cara enmarcada en una abundante barba, apareció por los Estados Unidos y fue directo a la acción. Sergio Castillo, el escultor chileno, se hizo una figura familiar en las fundiciones y en los depósitos de chatarra.

Tomaba lo que sentía necesario: cadenas, clavos, tuercas, zunchos, llantas, palas, tornillos, pernos, cascos, bisagras de bronce, medallones, púas, en resumen, todo un amplio clamor petrificado de batalla. Pero no era propiamente metal puro, sino objetos mordidos por el viento y la lluvia, oxidados por el mar, cubiertos por el moho de los días idos, con el toque de luz al momento de la muerte y la larga curva de todo aquello que será nostálgico con el paso del tiempo. Castillo metía su metal en un viejo y destartado station wagon y lo llevaba a su estudio. Allí los dejaba descansar y acostumbrarse al nuevo entorno. Cuando los veía en paz con ellos mismos, se abalanzaba sobre ellos con un martillo. Los encendía, los fundía, los modelaba, les infundía nueva vida con un soplete de acetileno. Nunca volvieron a morir.

Miro un reciente candelabro de Castillo hecho de cadenas y remaches y veo correr la cera de una vela que ha estado ardiendo por siglos en castillos, prisiones, iglesias.

Creo que dos son las características más intensas de este artista chileno: primero, se alimenta de la muerte y segundo, hace de la muerte una ceremonia primitiva, dinámica, rebelde. Castillo le da a la materia un movimiento sobrenatural, un balance ilógico, un sentido de trascendencia, de consciencia espiritual. Persigue líneas que se entrecruzan en su propia vida. Las interrumpe donde quiera que lo perturben y las deja a media altura; o las tuerce o las estimula en la dirección de su revolución personal. Apaga las chispas y las chispas se transforman en lámparas de rayos duros. El corazón de su fragua es un sol negro.

Castillo moldea hierro, lo ilumina, lo extingue, pero deja una energía cósmica bajo las cenizas, una conflagración constante que da calor al corazón e ilumina las ciudades, capa por capa, año tras año.

Fernando Alegría. 1969.

Escritor.